

## 10. El Comienzo de las Ayes

La lucha entre la verdad y el error siempre ha sido amarga. Ninguna gran luz ha brillado jamás sobre la tierra sin que el archienemigo haya tenido una falsificación, que contenga suficiente verdad para hacerla apetecible a aquellos cuyo gusto por el alimento espiritual no es el más agudo; y sin embargo, con todo esto, Dios ha usado estas mismas decepciones para revelar la grandeza de Su amor. El estudiante de la profecía debe tener en cuenta que antes de que a Juan se le permitiera oír las trompetas, Cristo fue presentado lleno de justicia.

Dios planifica desde la eternidad; y aunque Satanás trabajó arduamente para la destrucción total de todas las cosas, la mano guía de Jehová aún controlaba los asuntos; y precediendo el establecimiento del papado, el ojo del Infinito vio a aquellos que darían el último mensaje al mundo y verían el triunfo de la verdad. Así, cuando el «*misterio de iniquidad*» pensó reinar supremo, encontró que la semilla de la verdad, que inevitablemente causaría su derrocamiento, ya había sido plantada por Dios en el Imperio Occidental. Los acontecimientos que tuvieron lugar en el tercio oriental del mundo, y que finalmente se centraron en Constantinopla, la capital del Imperio Oriental, muestran, con igual claridad, la maravillosa previsión y sabiduría del Salvador. Satanás puede ser rico en recursos, pero el Dios del cielo conoce mil maneras de frustrar cada uno de sus planes. La historia de la quinta trompeta es otra ejemplificación de este hecho.

Las hordas bárbaras habían agotado su fuerza en el derrocamiento del Imperio Occidental y, en el curso de unos pocos años, habían abandonado sus costumbres salvajes y asumido los modales de los pueblos conquistados con los que vivían. Pero el Imperio Oriental estaba tan lleno de debilidad y contaminación como el Occidental, y su caída era igual de segura, aunque llegó de una manera completamente diferente. «El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que caía del cielo a la tierra; y le fue dada la llave del pozo del abismo.» El norte de Asia había enviado sus hordas de bárbaros, que pasaron como olas del

mar sobre todo el continente europeo, incluso hasta las Islas Británicas. Desde la porción central de Asia occidental, el Evangelio fue extendido como la vida y la luz de toda la humanidad.

Cerca del final del siglo VI, nació en La Meca, de los príncipes de Arabia, un hombre que afirmaba descender directamente de Ismael, el hijo de Abraham. Este hombre fue Mahoma, el hijo de Abdalá, y el fundador de una fe que hoy tiene muchos miles de adherentes. «Arabia —dice Gibbon— era libre; los reinos adyacentes fueron sacudidos por las tormentas de la conquista y la tiranía, y las sectas perseguidas huyeron a la tierra feliz donde podían profesar lo que creían y practicar lo que profesaban.» En Arabia se reunían, en ese momento, cristianos, judíos, adoradores del fuego persas y representantes de todas las sectas y creencias.

Mahoma los conocía a todos mientras se mezclaba en las vías de La Meca y en sus viajes a Damasco y a los puertos marítimos de Siria.

Mahoma era de mente seria, y era su costumbre retirarse un mes cada año a una cueva, a pocos kilómetros de La Meca, donde se dedicaba al ayuno y la oración. A su regreso de una de estas temporadas de reclusión, anunció su creencia en un solo Dios, y que Mahoma era el profeta de Dios. Este fue el comienzo del islamismo. El profeta enseñó primero en su propia familia y gradualmente ganó un número de conversos. Su huida de La Meca, llamada la Hégira [622 d.C.], es la era de su gloria y la fecha a partir de la cual los mahometanos computan su tiempo. En oposición a las formas y ceremonias de los numerosos adoradores que se congregaban en La Meca, y a los cristianos profesos que veneraban las imágenes de santos y mártires, los principios simples del nuevo líder religioso exigían oración, ayuno y limosna. Cinco veces al día, sus seguidores de todo el mundo vuelven sus ojos hacia La Meca y elevan sus corazones en oración. El Paraíso, donde los placeres de esta vida se disfrutaban de forma exagerada durante toda la eternidad, es la recompensa ofrecida a los fieles. Dondequiera que los seguidores de Mahoma se encontraban con el extranjero,

había una única regla de acción. «Confiesa —dijo el musulmán— que no hay más que un solo Dios, y que Mahoma es Su profeta; paga tributo, o elige la muerte.» La sangre expiatoria de Cristo fue rechazada. Jesús era un profeta, pensaban ellos; pero Él, como Moisés, era inferior a Mahoma. La Biblia de los cristianos fue reemplazada por el Corán. Es cierto que la fe sencilla y las prácticas austeras de los mahometanos fueron, en todas las apariencias externas, una reforma sobre la apostasía de los católicos griegos; pero al rechazar a Cristo, el mahometano no tenía nada en qué depositar su fe, salvo en su propia capacidad de obtener justicia por obras. Así, mientras el papado exaltaba al hombre en Occidente y perfeccionaba su sistema de justicia propia, la nueva religión de Oriente propagaba, bajo otro nombre, el mismo artificio del diablo para destruir las almas de los hombres.

Los árabes, o los sarracenos, nunca habían ejercido ninguna influencia en la tierra. En la historia de las naciones, estos hombres libres del desierto habían pasado casi desapercibidos. El mahometismo unió las tribus dispersas y las envió como conquistadores de naciones. El rápido progreso que acompañó a las armas sarracenas se debió, en gran medida, a la contienda entre los romanos y Cosroes, el jefe del moderno Imperio Persa. Esta contienda resultó en la caída de este último. La Persia moderna había actuado como un muro de contención, frenando el poder de Mahoma; pero cuando ese poder cayó, la barrera desapareció, el «*pozo del abismo*» se abrió, y los sarracenos inundaron el mundo. Cuando se abrió el «*pozo del abismo*», se levantó un humo que ocultó la faz del sol. La figura es contundente, representando el efecto oscurecedor del mahometismo a medida que se extendía por la faz de la tierra.

Esta misma característica se enfatiza en los símbolos utilizados a lo largo de la historia. «Del humo salieron langostas sobre la tierra.» Los sarracenos mismos son llamados langostas por el profeta Juan, y la doctrina que impulsó sus acciones era como un humo denso, saliendo de un horno. La obra de estos guerreros semejantes a langostas se describe en la octava plaga, enviada sobre la

tierra de Egipto en los días en que Faraón se negó a dejar ir a Israel. «Haré venir las langostas sobre tu territorio: y cubrirán la faz de la tierra, de modo que uno no podrá ver la tierra; y comerán el resto de lo que haya escapado, ... y comerán todo árbol que os crezca del campo; y llenarán tus casas, y las casas de todos tus siervos, y las casas de todos los egipcios.»

La sabiduría de Salomón le llevó a decir: «Las langostas no tienen rey, pero todas salen por cuadrillas.» Al usar esta única figura, el historiador divino cuenta toda la historia de la conquista sarracena. No había rey, no había gobierno organizado; pero había una fe común que unía a las hordas de Arabia con su califa. Cuando Mahoma abogó por primera vez por su doctrina, ganó adherentes por el poder del argumento; pero este proceso pronto se volvió demasiado lento para su ambición, y se tomaron las armas para defender y extender el territorio de la nueva religión. En el curso de unos pocos años, Persia, Siria, Egipto, África y España habían sido conquistadas por las armas sarracenas. Fue en 632 que Caled, el lugarteniente del primer califa, comenzó la conquista de Persia. Sus esfuerzos fueron coronados con la victoria. A cada hombre se le ofrecía la muerte o la aceptación de la doctrina mahometana. Con la espada sobre sus cabezas, multitudes agradecieron a Dios por Mahoma, Su profeta.

Cuando las tribus de Arabia se reunieron para la conquista de Siria, el califa Abubeker instruyó a los jefes del ejército de la siguiente manera: «Cuando luchéis las batallas del Señor, portaos como hombres, sin volver la espalda; pero que vuestra victoria no se manche con la sangre de mujeres o niños. No destruyáis palmeras, ni queméis campos de maíz. No taléis árboles frutales, ni hagáis daño al ganado, excepto al que matéis para comer. ... A medida que avancéis, encontraréis a algunas personas religiosas que viven retiradas en monasterios y se proponen servir a Dios de esa manera; dejadlas en paz, y no las matéis ni destruyáis sus monasterios: y encontraréis otro tipo de gente que pertenece a la sinagoga de Satanás, que tienen coronas rapadas; aseguraos de partirles los

cráneos y no les deis cuartel hasta que se conviertan al mahometismo o paguen tributo.»

Parecería que Dios puso un espíritu de gentileza en el corazón de estos guerreros hacia aquellos cristianos que, en las soledades de Siria, guardaban la ley de Dios; pero los sacerdotes y monjes tonsurados debían ser asesinados sin piedad, a menos que aceptaran la fe de Mahoma y pagaran tributo. Siria pronto estuvo enteramente en manos de los sarracenos.

En 638 comenzó la conquista de Egipto. La conquista de África, desde el Nilo hasta el Atlántico, fue intentada por el califa Otmán en 647; pero los moros no fueron conquistados hasta principios del siglo siguiente, y entonces la fe musulmana fue aceptada desde Siria hasta el Estrecho de Gibraltar. En 711 los árabes cruzaron estos estrechos hacia España, y el cuerno de la Media Luna, el estandarte musulmán, llegó a los Pirineos. Así se extendió el poder de sus armas. Habían esperado rodear el Mediterráneo y, habiendo expulsado el papado, sentar el mahometismo en lugar del cristianismo en la Ciudad de las Siete Colinas. Pero en 732 d.C., el avance de los sarracenos fue frenado por Carlos Martel en la batalla de Poitiers (Tours), en Francia, y abandonando la esperanza de ganar Europa por el oeste, los mahometanos se retiraron a España. Aquí establecieron escuelas y, mediante el cultivo de las artes y las ciencias, ganaron, por el intelecto, lo que no habían logrado con la espada. Fue desde Toledo, Salerno y otros centros españoles de aprendizaje, que la luz del conocimiento científico brilló en la oscuridad de Europa durante la Edad Media, y jugó su papel en romper la fuerza del papado al amanecer de la Reforma.

Esta es la historia de los sarracenos mientras marchaban hacia el sur y el oeste. Gradualmente perdieron sus características guerreras y conquistaron por el poder del intelecto. Los ataques al Imperio Oriental fueron de un carácter diferente. La presión constante y los asaltos repetidos de los sarracenos llevaron a los hombres a desear la muerte. A los sarracenos que caían en batalla se les daba la promesa segura de una vida en el paraíso. Esto los hacía despreocupados de la

muerte, y especialmente en Oriente los sarracenos picaron a los hombres con sus falsas doctrinas y los atormentaron con repetidos ataques.

Solo cuarenta y seis años después de la huida de Mahoma de La Meca (668 d.C.), el ejército sarraceno apareció bajo los muros de Constantinopla. Estaban especialmente ansiosos por apoderarse de este centro de riqueza y comercio, y había un dicho entre los seguidores del profeta de que el primer ejército que sitiara la ciudad tendría sus pecados perdonados. Con este incentivo siempre presente, las tropas desembarcaron y formaron el asedio. Pero habían subestimado la fuerza de la fortaleza y se sintieron consternados por el uso del fuego, recientemente introducido en la guerra griega. Al acercarse el invierno, se retiraron; pero durante seis veranos consecutivos, el asedio se llevó a cabo sin éxito. Finalmente, en 677, se firmó una tregua de treinta años entre griegos y sarracenos en Damasco.

Durante los años 716 y 718, un ejército sarraceno invadió nuevamente Asia Menor, cruzó el Helesponto y, por primera vez, desembarcó en suelo europeo. La historia afirma que el general estaba al mando de ciento veinte mil árabes y persas, y que mil ochocientas naves se acercaron al Bósforo, ambos ejércitos con la intención de atacar la capital al mismo tiempo. Los ciudadanos de Constantinopla cargaron barcos con combustibles, los enviaron en medio de la flota enemiga, y los árabes con sus armas y embarcaciones fueron consumidos por las llamas o las olas. El invierno siguiente fue inusualmente severo, y esto, junto con la ayuda prestada a los griegos por un ejército de búlgaros, y el informe de fuerzas aún más fuertes que se armaban en Occidente, hizo aconsejable abandonar este segundo intento de capturar Constantinopla. Estas fueron las «*langostas*» que se extendieron por la faz de la tierra. Como el insecto del que toman su nombre, devoraron todo lo que encontraron a su paso y picaron a los hombres como un escorpión pica con su cola.

El fracaso de los árabes en capturar Constantinopla durante estos años se debió a la ausencia de un gobierno centralizado; pues los sarracenos todavía

estaban controlados por califas; y los celos habían llevado a la elevación de varios líderes, teniendo cada facción sus seguidores. Fueron, como dijo Salomón de las langostas, en cuadrillas sin rey. La acometida de la caballería árabe es proverbial en la historia. Arabia es considerada el hogar del caballo; y Gibbon dice (capítulo 50): «Estos caballos son educados en las tiendas, entre los hijos de los árabes, con una tierna familiaridad que los entrena en los hábitos de gentileza y apego. Están acostumbrados solo a caminar o galopar; sus sensaciones no están embotadas por el abuso incesante de la espuela.

y el látigo; sus poderes se conservan para los momentos de huida y persecución; pero tan pronto como sienten el toque de la mano o del estribo, se lanzan con la velocidad del viento; y si su amigo es desmontado en la rápida carrera, se detienen instantáneamente hasta que recupera su asiento». Dado que gran parte del éxito de estas langostas humanas dependía de las monturas que cabalgaban, no es de extrañar que el profeta Juan los viera «semejantes a caballos preparados para la batalla» (Apocalipsis 9:7); y tampoco es sorprendente encontrar que la cola de un caballo era a menudo usada como estandarte por los jefes beduinos. La corona que usaba el árabe era el turbante que se desenrolló cuando Mahoma se convirtió en príncipe de Medina, y que «asumir es, proverbialmente, convertirse en musulmán». Personalmente, el árabe es grave y digno; *«su discurso es lento, pesado y conciso; rara vez se le provoca la risa, su único gesto es el de acariciarse la barba, venerable símbolo de la virilidad»*. Aunque llevaban el cabello largo, que para el europeo tiene apariencia de afeminamiento, desde los días de Ismael, una ternura mezclada con la naturaleza salvaje del león parece haber caracterizado a los hombres del desierto. Gibbon, en su vívida descripción del árabe, ilustra sutilmente este hecho con estas palabras: *«Si un beduino descubre de lejos a un viajero solitario, cabalga furiosamente hacia él, gritando con voz fuerte: ‘Desnúdate, tu tía [mi esposa] está sin prenda’. Una sumisión rápida le da derecho a la misericordia; la resistencia provocará al agresor, y su propia sangre deberá expiar la sangre que él presume derramar en legítima defensa. Un solo ladrón, o unos pocos asociados, son*

recursos-biblicos.com – fuente original: [adventistarchives.org](http://adventistarchives.org)

*marcados con su nombre genuino; pero las hazañas de una banda numerosa asumen el carácter de una guerra lícita y honorable. El temperamento de un pueblo así armado contra la humanidad, se inflamaba doblemente por la licencia doméstica de rapiña, asesinato y venganza».* Las corazas de hierro, de las que habla Juan, se refieren a las corazas con las que los soldados estaban provistos desde los días de Mahoma.

Se ha dicho suficiente para mostrar la viveza de la descripción profética sobre la carga de la caballería árabe, que estaba armada con cimitarras, protegida por corazas y montada en caballos veloces como el viento.

«Tenían sobre ellos un rey, que era el ángel del abismo, cuyo nombre es... Destructor.» (Apocalipsis 9:11). Este carácter podría, en verdad, ser imputado a los califas árabes, quienes dirigieron los ejércitos durante tantos años después de la muerte de Mahoma; pero es especialmente aplicable a Othmán, el fundador del Imperio Otomano. Esta, la primera centralización gubernamental intentada, fue el resultado de las doctrinas de Mahoma. *«Othmán —dice el historiador— poseía, y quizás superaba, las virtudes ordinarias de un soldado; y las circunstancias de tiempo y lugar fueron propicias para su independencia y éxito».* El fin del siglo XIII estaba cerca. Las Cruzadas habían empujado a Europa contra los turcos de la manera más imprudente. Constantinopla tuvo numerosos emperadores, pero el gobierno griego se debilitaba, y el tiempo de su destrucción se acercaba sigilosamente. *«Fue el 27 de julio de 1299 d.C. —dice Gibbon— cuando Othmán invadió por primera vez el territorio de Nicomedia; y la singular exactitud de la fecha parece revelar cierta previsión del rápido y destructivo crecimiento del monstruo».* Más que una previsión humana registró esta fecha con tal definición. Al profeta en Patmos, se le había revelado que «su poder era para dañar a los hombres durante cinco meses.» (Apocalipsis 9:10).

Cinco meses proféticos equivalen a ciento cincuenta años literales, considerando un día como un año y contando treinta días por mes; dado que se da el día exacto para el comienzo de este poder, la expiración de los cinco meses

puede calcularse al día. Terminó el 27 de julio de 1449. Son estas fechas las que permiten al estudiante de las trompetas localizar los eventos que tienen lugar bajo cada trompeta. Estas fechas son «*clavos en un lugar seguro*» tanto para el primer como para el segundo ay.

Para mostrar que en 1299 se dio poder para «dañar a los hombres durante cinco meses» (Apocalipsis 9:10) tenemos el testimonio de los historiadores. Después de hablar de la invasión de Nicomedia por Othmán, que era la frontera oriental del Imperio Griego, Gibbon continúa: «*Los anales de los veintisiete años de su reinado exhibirían una repetición de las mismas incursiones; y sus tropas hereditarias se multiplicaban en cada campaña por la incorporación de cautivos y voluntarios*». Los sucesores de Othmán, el fundador del Imperio Otomano, cada uno empujó sus conquistas más cerca del codiciado asiento del poder. Un ejército regular de veinticinco mil musulmanes fue organizado por el hijo de Othmán. Asia Menor estaba completamente en sus manos, y las siete iglesias mencionadas en el primer capítulo de Apocalipsis fueron profanadas por la religión de Mahoma. Tan cerca estaba el dominio turco del trono que en 1346 Orchán, el sucesor de Othmán, exigió y obtuvo, como esposa, a la hija del emperador griego, y la princesa dejó su hogar en Constantinopla para vivir en el harén del turco. Entre 1360 y 1389, el tercer soberano de los turcos conquistó Tracia y fijó la capital de su imperio y su religión en Adrianópolis, casi a la sombra de Constantinopla. Nunca antes el Imperio Griego había estado rodeado por todos lados por el enemigo. El cuarto rey, de nombre Bajazet, fue apodado Ilderim, o «*el relámpago*», debido a la energía ardiente de su alma y la rapidez de sus marchas destructivas. Constantinopla fue duramente presionada, y si no se reconociera la mano de Dios, el hecho de que la caída se retrasara cincuenta años más podría parecer un mero accidente. Llamados a contender con una fuerza escita del Este, los turcos se vieron obligados a posponer las actividades en Grecia durante varios años. La corte bizantina, en lugar de aprovechar el peligro inminente, se debilitó. Los ciento cincuenta años de tormento, no de destrucción, estaban a punto de terminar. «¡Un ay ha pasado! He aquí, vienen aún dos ayes

recursos-biblicos.com – fuente original: [adventistarchives.org](http://adventistarchives.org)

después de esto.» (Apocalipsis 9:12). La mano restrictiva de Dios había mantenido a raya a las fuerzas contendientes, esperando, esperando, hasta el límite extremo del tiempo, para que los hombres reconocieran la justicia de Jehová. Pero al sonar la sexta trompeta se escuchó una voz de los cuatro cuernos del altar —el altar ante el cual Cristo ofrece las oraciones de los santos— que decía: «Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Éufrates.» (Apocalipsis 9:14). Durante los ciento cincuenta años, los turcos tuvieron poder para atormentar, pero cuando sus ejércitos parecían al borde de la victoria sobre el Imperio Griego, su fuerza fue disminuida por problemas de las regiones del Éufrates. (Ver Gibbon, Cap. 65).

Se acercaba el tiempo en que no solo atormentarían, sino que matarían. En 1448, la muerte de Juan VIII Paleólogo dejó el trono de Constantinopla en una condición débil y precaria. Constantino, su sucesor, no podía reclamar territorio más allá de los límites de la ciudad, y el trono ya era ostentado en virtud de la gracia de Amurates, el gobernante turco. La graciosa aprobación del sultán turco anunció la supremacía de Constantino y la inminente caída del Imperio Oriental. El poder turco había estado limitado, en cierta medida, por Roma; porque mientras Roma mantuvo Constantinopla, el poder sarraceno estuvo limitado en el Este. Cuando el sultán dictó a Roma, entonces se cumplieron las palabras: «Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río Éufrates.» (Apocalipsis 9:14). Estas palabras parecen referirse especialmente a Bagdad, Damasco, Alepo e Iconio —cuatro sultanatos que bordean la región del Éufrates. Ningún poder podía resistir ahora, y el gobernante musulmán pronto obtuvo la tan codiciada fortaleza en el Bósforo. La muerte de Amurates en 1451 y la sucesión de Mahoma II, un hombre astuto lleno de ambición e impaciente ante la restricción, no retrasaron la conquista. El único propósito de Mahoma era capturar Constantinopla. «*La paz estaba en sus labios, pero la guerra en su corazón*», y toda su energía se volcó en el cumplimiento de este designio. Una vez, a medianoche, se levantó de su cama y exigió la asistencia inmediata de su gran visir. El hombre llegó temblando, temiendo la detección de algún crimen

recursos-biblicos.com – fuente original: [adventistarchives.org](http://adventistarchives.org)

anterior. Hizo su ofrenda al sultán, pero fue recibido con las palabras: «*pido un presente mucho más valioso e importante: Constantinopla*». Mahoma II puso a prueba la lealtad de sus soldados, advirtió a sus ministros contra el soborno de los romanos, estudió el arte de la guerra y el uso de las armas de fuego. Contrató los servicios de un fundidor de cañones, quien prometió armas que podrían derribar las murallas de la ciudad. En abril de 1453, se formó el memorable asedio. Al sonido de la trompeta de guerra, las fuerzas de Mahoma II se vieron aumentadas por enjambres de fanáticos intrépidos hasta que, como dijo Franza, el ejército sitiador sumó doscientos cincuenta y ocho mil hombres. Constantinopla cayó; el último vestigio de la grandeza romana desapareció, y los conquistadores musulmanes pisotearon la religión de Roma. Este memorable evento afectó toda la historia futura. La caída conmocionó a Europa; y las convulsiones no habían pasado cuando la luz de la Reforma rompió la oscuridad que envolvía el Imperio Occidental. Mientras el humo del «*abismo*» se asentaba sobre el Oriente, ráfagas de luz anunciaban un amanecer venidero en las naciones de Europa.

Las características dadas por el profeta al describir las fuerzas turcas bajo el segundo ay, son similares a la descripción de la caballería que luchó por Mahoma bajo el primer ay. La coraza de hierro y la cimitarra de los sarracenos habían sido reemplazadas por las armas de fuego de los turcos, pero la furia de la carga en el siglo XV no había perdido ninguno de los terrores de aquellos jinetes anteriores. Fuego, humo y azufre salían de las bocas de estos guerreros. La descarga de las armas de fuego, tal como la vio el profeta en visión, parecía fuego saliendo de la boca de los caballos. El poder también estaba en su cola. Isaías dice: «El anciano y venerable es la cabeza; y el profeta que enseña mentira es la cola.» (Isaías 9:15). Su valor militar era un factor a favor de los turcos; la unidad de la fe de Mahoma y el celo inspirado por ese profeta para matar a los «*infieles*» (cristianos), fue un factor igualmente potente.

El poder que entró en escena el 27 de julio de 1449, debía ejercer dominio durante una hora, un día, un mes y un año, —trescientos noventa y un años y quince días, literalmente hablando. Esta es una profecía maravillosa, la única en la Biblia donde el tiempo de cumplimiento se da al día exacto. Al final de este período, Turquía dejaría de ser una potencia independiente. Trescientos noventa y un años y quince días desde el 27 de julio de 1449 nos llevan al 11 de agosto de 1840. Hay cuatro grandes hitos en la historia del mundo conectados con Constantinopla. Primero, cuando fue fundada en el 330 d.C.; segundo, su captura por los turcos el 27 de julio de 1449; tercero, cuando el sultán de Turquía cedió su independencia el 11 de agosto de 1840. No se da fecha para el cuarto gran hito; a saber, cuando la capital de Turquía será trasladada de Constantinopla a Jerusalén «entre los mares, en el monte glorioso y santo.» (Daniel 11:45).

En 1838, Josías Litch y William Miller, después de un cuidadoso estudio de las profecías, llegaron a la conclusión de que en esta última fecha las naciones podrían esperar ver al sultán turco ceder su poder. Esta profecía fue publicada al mundo, pero había eventos en curso que también llamaron la atención de las naciones hacia Constantinopla. El sultán de Turquía y Mehemet Alí, bajá de Egipto, estaban en guerra, y el bajá se negaba a pagar una indemnización exigida por el gobernante de Turquía. En 1839, el bajá salió victorioso en la batalla contra el ejército turco, y envió otra fuerza bajo el mando de su hijo a Siria y Asia Menor, amenazando con llevar sus armas victoriosas contra Constantinopla. En este momento, Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia se unieron para exigir que el bajá se confinara a Siria y Egipto. Se celebró un consejo de estas cuatro potencias el 15 de julio de 1840. El gobernante de Turquía acordó acatar su decisión, y se alegró demasiado de que su vida fuera salvada por su intervención. Por lo tanto, voluntariamente entregó todos los derechos a las fuerzas combinadas de Europa Occidental. En el documento oficial redactado por los representantes de las naciones interesadas, se encuentran estas palabras: *«Habiéndose sentido que todos los celosos trabajos de las conferencias de Londres para la solución de las pretensiones del bajá eran inútiles, y que la única vía pública era recurrir a*

recursos-biblicos.com – fuente original: [adventistarchives.org](http://adventistarchives.org)

*medidas coercitivas para reducirlo a la obediencia en caso de que persistiera en no escuchar las propuestas pacíficas, las potencias, junto con el plenipotenciario otomano, han redactado y firmado un tratado por el cual el sultán ofrece al bajá el gobierno hereditario de Egipto, ... el bajá, por su parte, evacuando todas las demás partes de los dominios del sultán ahora ocupadas por él y devolviendo la flota otomana. ... Si el bajá se niega a acceder a ellas, es evidente que las malas consecuencias que recaerán sobre él serán atribuibles únicamente a su propia culpa.»*

Este tratado fue firmado, y el ultimátum fue oficialmente puesto en manos de Mehemet Alí el 11 de agosto de 1840. Desde entonces, Turquía ha sido conocida en todas partes como el «*Hombre Enfermo de Oriente*». Daniel profetizó sobre él, diciendo: «Plantará las tiendas de su palacio entre los mares, en el monte glorioso y santo; pero llegará a su fin, y no tendrá quien le ayude.» (Daniel 11:45). En cualquier momento, cuando las celosas potencias de Europa puedan decidir, ya sea pacíficamente o en batalla, cuál de ellas ocupará Constantinopla, el «*Hombre Enfermo*» se retirará rápidamente de Europa. Ese movimiento, para el cual las naciones están ahora en alerta, será la señal de cambios aún más importantes en la corte celestial.

La importancia de la profecía, y la exactitud con la que se cumplió, al día exacto, debería llevar a una investigación cuidadosa de esa historia divina, que gira en torno a los años 1840 a 1844. Su estudio llevará a los hombres a buscar cambios tanto en los cielos como en la tierra; porque cuando la capital de Turquía sea trasladada a Palestina, entonces Cristo, al terminar Su obra en el santuario, arrojará Su incensario sobre la tierra como señal de la disolución final de todas las cosas.

Las palabras finales del capítulo nueve son un triste comentario sobre la condición del mundo, y aunque la revelación de Jesucristo se da en la Palabra, en la naturaleza, y puede leerse en la revelación de las naciones entre sí, sin embargo, «el resto de los hombres, los que no fueron muertos con estas plagas, ni

aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, para que no adorasen a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera. ... Y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus robos.» (Apocalipsis 9:20-21).

A medida que se acerca el fin, la iniquidad aumenta. La caída de las naciones siempre se ha utilizado como símbolo de la destrucción final de la tierra. Los hombres ven estas cosas y, sin embargo, continúan en su idolatría, su robo y su fornicación. ¡Cuán preciosa es a los ojos del Señor esa pequeña compañía que por fe ve a Jesús, y siguiéndole en Su obra de arriba, refleja Su carácter al mundo! Los fieles están siendo sellados hoy; porque nos acercamos al final del tiempo, y la eternidad pronto se abrirá a los redimidos.